

glesa, se perfila entre las brumas del futuro y el contorno arquitectónico del grande edificio parece iluminado ya por los primeros reflejos del sol que va a nacer.

La hora de América se aproxima. Sepamos escrutarla. Sepamos superar los prejuicios políticos y las limitaciones de orden económico y social. ¡Qué el espíritu eterno de Bolívar, de este Bolívar que la posteridad continúa aclamando, como en las epopéyicas jornadas de la primera independencia, sea con nosotros y nos ilumine!

Y para nosotros sea, como una voz de orden, este llamado que brota de lo más hondo de la nueva conciencia americana: ¡América sin barreras económicas ni políticas! ¡América para todos los americanos! ¡América Unida!...—E. O R R E G O V.

ORIENTACION VITAL (1)

Nuestras vidas son los ríos...

LLEGA un momento en que la faena toca a su fin, por este día. Acaso sea la hora del crepúsculo. Las cuitas que nos obligaron a concentrar toda nuestra energía en el trabajo acaso no sean tan imperativas en este minuto. Nos libertamos transitoriamente de ellas y nos damos a meditar. Acaso yo atraviere por uno de esos instantes, y tal sea la causa de que os invite a meditar conmigo sobre este problema que hoy me preocupa a mí, como a casi todas las gentes del mundo: ¿Qué hay que hacer, qué hemos de hacer nosotros para aliviar esa desorientación terrible que desquicia a la humanidad de hoy?

Una fracción infinitesimal de la humanidad somos; es decir, que si yo ni tú ni los otros existiéramos no habría humanidad. Luego, esa desorientación en parte es obra tuya y mía.

Porque la mayoría de existencias individuales derivan sin rumbo, la humanidad vacila. Entonces el problema puede plantearse en otra forma: hace falta orientar nuestra propia vida.

¿Hacia dónde conducirla? Pero ¿es verdad que podemos guiarla? ¿No está su derrotero trazado por leyes inmutables?

«Nuestras vidas son los ríos—que van a dar a la mar—que es el morir...» ha dicho el poeta. Sí: nacimiento, apogeo, muerte, esos son los puntos cardinales de la ruta. Mas, entre ellos, las aguas de ese río pueden volcarse como avalanchas arrasadoras,

(1) (Leído en la inauguración de la Extensión Cultural de los Liceos de Talca).

inmovilizarse en pantanos mefíticos, agostarse en el desierto, transformar los eriales en hortos y jardines, y pueden saltar en cascadas para convertirse en energía y en luz.

Cualquiera que sea el sitio que habitemos en el mundo, el peldaño social en que nos hallemos, el grado de civilización de que seamos partícipes, tenemos que hacer un uso de la vida, uso que en cierta proporción depende de nuestra voluntad y en gran parte de la presión que sobre nosotros ejercen el círculo de gentes que nos rodea, las circunstancias históricas porque atraviesa nuestra nación y el tipo de cultura contemporáneo. Y digamos entre paréntesis: el hombre alcanza la plenitud de su significado sólo cuando llega a vivir en función de su yo íntimo, de su familia y de su medio, de su raza y del mundo.

Desde el hombre primitivo

Cómo orientarnos con respecto al mundo, he aquí específicamente nuestro tema de hoy. Y para abordarlo, recordemos el camino que ha hecho. Desde el hombre primitivo, el de las cavernas. Todo para él eran dificultades, temores, misterios. Dificultad para descubrir cubil en una gruta protegida de las inclemencias del tiempo, para coger su alimento entre las bestias feroces, para abrigarse en el invierno, para hallar su camino en la oscuridad. En todos los elementos creía ver demonios malignos; como no sabía aplacar la cólera de las tempestades, se aterraba con los eclipses, desconocía las causas de las plagas, imaginaba que los dioses le exigían para favorecerlo sacrificios humanos. Le dominaba el terror de lo desconocido. Estaba solo, y pequeño, e ignorante ante el misterio inmenso. Cuando descubrió el fuego—el fuego que devora, pero que al mismo tiempo reconforta y da luz—hizo de él un dios. Luego, la gruta llegó a ser estrecha para contener la prole, la selva o el campo no brindaron todo el alimento que se necesitaba. Por instinto de defensa, de conservación, mató y blandió la quijada contra su hermano. La ley que imperó fué la del más fuerte; el que vencía mataba al otro o lo uncía de esclavo o de bestia de carga. Temor, crueldad, poderío implacable del más fuerte esa fué la ley común.

Se apretaba su imaginación, se encogían sus esperanzas a fuerza de temores. Los mares fueron surcados al principio sólo al abrigo de la costa: el Océano era el mar ignoto poblado de monstruos. En las montañas acechaban las potencias maléficas. Sólo en las llanuras fértiles, tibias, pobladas de hierbas y de ár-

boles generosos escanciaron el primer sorbo de la dulzura de vivir.

El precio de la cultura

Cientos o más siglos han transcurrido desde entonces, siglo de luchas, de sacrificios, en que han prosperado y decaído civilizaciones, en que han sido jubilosamente aceptados primero y rechazados después regímenes políticos, formas de gobierno, credos religiosos, sistemas científicos. Cada generación concibió una esperanza para mejorar o embellecer la vida y a costa de dolores la realizó. Sus hijos la recibieron como herencia natural, a la cual no se asigna mayor precio, porque sus esperanzas estaban cifradas en algo mejor, más allá, siempre más allá. Y todo ha sido fugaz y perecedero en el mundo, menos esta ansia de superación, este anhelo de algo mejor que lo que poseemos, algo mejor que muchos no saben qué es, pero cuya necesidad sienten desde lo más profundo de sus entrañas. Este camino de la barbarie a la cultura ha sido preciso conquistarlo dificultosamente paso a paso, minuto a minuto, generación tras generación. Nunca hemos logrado nada sin esfuerzo. Nunca ha llegado el hombre a una verdad sin errar primero cientos de veces; nunca a un estado de paz sin una guerra anterior; nunca a una conquista de libertad sin que los cadalsos se tiñeran de sangre; nunca a un credo de moral más puro sin haber envenenado a Sócrates y crucificado al Nazareno.

¡Dolor! Dolor ha sido el precio de cada etapa del progreso. Con tributos de sangre han nacido y se han transformado las instituciones políticas, desde la teocracia caldea hasta los plebiscitos democráticos. Así, el derecho y las costumbres, desde la ley del «ojo por ojo y diente por diente» hasta los códigos modernos. Así las ciencias, desde la astrología de los hechiceros hasta las teorías de Einstein. Del salvaje que limitaba su visión a la caverna, ha surgido el hombre que es hoy ciudadano del mundo y mañana navegante de los sistemas planetarios. Las fuerzas que antes parecían demoníacas y monstruosas se acogen a nosotros como aliadas. Esta es la cultura.

La falla de la civilización

¿Perfecta? No, mil veces no. No hay necesidad de un análisis sutil para descubrir sus fallas. Desde luego es desequilibrada: el conocimiento de la naturaleza exterior y el dominio de la materia inerte han progresado con muchísima más rapidez que el

conocimiento del hombre mismo, de las leyes que rigen el progreso de suyo y de las que permitirían establecer el reinado de la paz, del amor y de la dicha como patrimonio de todos los hombres. Mientras triunfa la mecánica hacen crisis la moral, la economía y la política.

La máquina está matando al hombre, dicen. Pero se equivocan: la máquina es un utensilio y cada uno de ellos ha marcado siempre una etapa de liberación. Recuérdese si no los molinos, que antes que el amo entendiera que el agua podía voltearlos, eran accionados por esclavos; recuérdese si no los barcos movidos con el sudor de los galeotes, antes que los impulsaran la vela y el vapor. El triunfo de la máquina será la liberación del proletariado. El nos indica que en este período de cultura el mundo no necesita ya de esa clase de faena servil y manual.

Todo cambio brusco de un sistema de trabajo a otro ha provocado crisis económicas profundas. Y ésta es una de las mayores, porque va acompañada de otros desequilibrios en el campo moral y en el político.

No hay duda que si existen hoy más de treinta millones de cesantes, es decir, de hombres que se desvitalizan día a día por carencia de alimento suficiente para ellos y su prole, porque no tienen abrigo, ni viviendas, ni ese *mínimum* de bienestar a que el hijo de este siglo tiene derecho, no hay duda de que el sistema económico actual debe transformarse radicalmente. Mala distribución de los productos, declaran sesudos financistas. Posiblemente algo más: que el deseo de bienestar no ha corrido a parejas con la posibilidad de obtenerlo; que no hemos creado suficiente riqueza para que ese *mínimum* de exigencias vitales anejas a la civilización sean patrimonio general. . . . Aun los países fastuosos, si repartieran sus haberes por igual entre los ciudadanos, no alcanzarían a proporcionarle permanentemente el *standard* de un artesano acomodado. Además, de una equitativa distribución, se requiere un mayor trabajo fructífero para todos.

No obstante, la desorientación mundial no decrecerá sólo con medidas de orden económico.

Malestar político y moral

Desde luego, continuará el malestar político. El sistema democrático, de representación popular, ayer panacea, hoy se pone en todas partes en tela de juicio. El individualismo liberal de la mitad de la centuria pasada ha sido supeditada en el concepto de los más, por el socialismo de estado, y éste—con el nombre de

facismo, hitlerismo y comunismo va hacia las dictaduras unipersonales o colegiadas.

Y más preñado aún de amenazas que la inquietud política se presenta el problema ético. Grupos considerables de la generación nueva desestiman los valores espirituales legados por sus mayores aun antes de aquilatarlos con su experiencia. No tienen fe en nada ni en nadie. Buscan el placer fácil para olvidarse de ellos mismos y del espectáculo de la miseria y del odio humanos; se substraen a todo sacrificio; se alejan de todo esfuerzo, intentan quebrar la cadena de solidaridad que nos ata con los esfuerzos interrumpidos que han fructificado en la cultura.

Los más inteligentes asumen el papel de espectadores. Discuten, hablan, analizan, pero no bajan desde su balcón al campo donde se lucha, se brega, y se siembran esperanzas para el mañana... Los más generosos perdonan a Lenin su despotismo sanguinario en amor de la fe de una cultura menos implacable para el mísero y el desheredado. Los ávidos inventan estrategias para adueñarse rápidamente de riquezas o de poder. Son muy pocos los que sienten que su papel no es ese, que deben alistarse en las filas de una cruzada que liberte al mundo del caos, de la confusión, del dolor y de las miserias actuales, y éstos ignoran cómo lograrlo. Son como una nave que siente sus velas henchidas por el viento, pero cuyo piloto hubiese perdido las cartas de navegar.

El derrotero

Cuando un barco fija su rumbo, no lo hace en relación con el oleaje que le cerca, ni con la dirección de la corriente que lo impulsa sino que mira hacia las estrellas. Lejos, lejos de la movilidad halla el derrotero. Así el hombre. No son los menudos quehaceres, las diarias zozobras, las que indican la ruta de una existencia: es el ideal. Y esto es lo que falta a la generación de hoy: un ideal, una fe tan intensa que sea un placer vivir por ella y morir por ella.

El espectador que mira pasar el tráfico humano, acaso con una sonrisa de ironía en los labios, que analiza agudamente, que critica tal vez con sabiduría, pero que no se afilia con los unos ni con los otros, porque es más cómodo no empeñarse en lucha alguna, ese es sencillamente un desertor en la conquista de la cultura, un eslabón estéril en la cadena de la especie. Quien se repantiga holgadamente en el sitio que le permiten sus circunstancias, cierra los ojos al malestar ambiente y desoye el clamor de la miseria, ese—cualquiera que sean su saber y su talento—

es un fardo muerto para el vuelo humano. Y el que actúa sin rumbo, llevado hoy de una pasión, mañana de un egoísmo, al otro día de un interés personal, no hace sino incrementar con la propia, la desorientación del mundo.

Es preciso definir nuestro credo, y en seguida quererlo con toda la energía de que seamos capaces. «Sólo la conciencia de un propósito que es más potente que cualquier hombre y digno de todos juntos, puede inspirar y fortificar las almas». Y hay que sentar plaza de soldado en esta marcha hacia un orden de cosas menos imperfecto. No basta laborar en el aislamiento. No. Mano a mano, codo a codo con el que sufre y desespera como nosotros. Porque somos naturaleza febles, vacilantes y tornadizas necesitamos de la compañía que nos aliente cuando desfallezcamos, nos impulse cuando nos seduzca la pereza, y, sobre todo, que dé a nuestra acción esa fuerza de colectividad que jamás pudiéramos extraer de nuestro humilde valor personal. Y permitidme, amigos míos, hablar sin ambajes ni eufemismos, porque usarlos sería ofender la grandeza de este tema que es el más importante de todos en una vida humana.

El Reino de Dios y el Reino del Hombre

Hablemos del Reino de Dios. ¿Cómo lo han definido? Es un sitio, nos dicen, donde todos gozarán por igual de una dicha perenne, donde todos serán regidos por un amor infinito, donde todos desentrañarán el misterio del tiempo y del insondable espacio. Y este reino está más allá de la muerte.

Pero ¿no es exactamente el mismo el reino del hombre? Es el camino que ha venido siguiendo la civilización. También aspira a que aquí sobre la tierra desaparezcan el odio, el miedo, la injusticia, la esclavitud, la miseria, madres de los dolores, a que luzca un día en que todos, por el hecho de ser hombres, canten la alegría de vivir; en que todos se consideren solidarios y hermanos; donde a fuerza de sabiduría pacientemente acumulada durante siglos, se logre penetrar en los arcanos del tiempo y del espacio. Más allá de la muerte. Si, acaso se llegue a él más allá de la muerte de muchas generaciones que tuvieron como signo en su estandarte la fe en el Reino de Dios o del Hombre.

Somos aún muy ignorantes. Todavía nos cercan el miedo y el recelo. Por eso no acertamos a darnos cuenta de que el que cree en el Reino de Dios y el que cree en el Reino del Hombre no son enemigos sino que predicán en idiomas distintos una misma doctrina eterna.

Y ese ha de ser el ideal que dicte nuestras normas de conducta:

todo aquello que tienda a disminuir la injusticia, la esclavitud, la miseria, la ignorancia, la desdicha humana es bueno. Todo aquello que tienda a aumentar la confianza entre los hombres, su solidaridad, su entendimiento mutuo, su fraternidad, su dicha perenne, es mejor.

No creo, sin embargo, que este proceso de ennoblecimiento pueda realizarse por imposición de fuera hacia dentro, por dictaduras, ni por revoluciones. Pasarán muchos siglos. Sí. El camino será eterno. Pero no hay duda que éste es el camino.

El papel de la educación

La educación debería ayudar al joven a proseguirlo. La educación no se imparte solamente en los colegios. Mucho más influyente que el maestro suele ser la familia, el amigo, el medio en que se vive, los ejemplos, la prensa, los libros, las sollicitaciones de la calle, del club o del cine. De modo que no hay que inscribir a cuenta solamente de los maestros la desorientación actual. No es absolución. Por el contrario, mientras más medito en ello, más me convenzo de que los sistemas pedagógicos de todo el mundo adolecen de errores imperdonables.

Decía en un párrafo inicial que el hombre conocía mejor las leyes de la materia inerte que las que rigen su propio yo. Ignoramos, por ejemplo, en virtud de qué reacciones un mismo acto en un hombre inspira odio, en otro envidia, en éste admiración, en el de más allá amor. Se nos escapan las fórmulas para curar al criminal, ni siquiera al iracundo. No sabemos inyectar energía al pusilánime, ni talento al atrasado mental. Y son tan indecisas aun las conquistas de la psicología, que la educación no ha podido hallar aún esas leyes que pudieran fijar su órbita como Copérnico las del sistema planetario.

Ha debido la educación ponerse al servicio de las opiniones dominantes y en realidad no ha dirigido al hombre. Como el antiguo pedagogo hace todavía papeles de esclavo. La época ha sido de conquistas intelectuales; la escuela ha obedecido esa tendencia. Ha super intelectualizado sus programas y hecho de sus alumnos capaces de investigar, de analizar, de discernir sutilmente, esos ejemplares de espectadores a quienes llamábamos tráfugas de la lucha por el progreso.

La culpa de ocuparse demasiado del conocimiento y muy poco del cultivo de la voluntad y del enraízamiento profundo de un ideal capaz de orientar y dar significado a la existencia. Yo querría que el joven egresado de las aulas sintiese tan claramente como su propia voz la de la civilización humana, que compren-

diera su deuda con el pasado, con las incontables generaciones de hombres que se sacrificaron para legarle un standard de existencia emergido dificultosamente de la barbarie; que sintiera su solidaridad con el presente, tanto que fuera capaz de poner su voluntad perseverante al servicio del mundo, y que comprendiese su obligación hacia el futuro humano. Un joven que ante la injusticia, la miseria, el dolor, auscultase su conciencia y se preguntara: ¿en que he pecado yo para que mi hermano sufra? Y se hiciera cruzado del Reino de Dios o del Reino del Hombre sobre la tierra.

Los obstáculos

Comprendo que no son pequeños los obstáculos que se oponen a tan magna decisión. Fuera están la bellísima diversidad del mundo que nos hechiza con sus paisajes, con la música del viento aventurero y la fragancia de las selvas desconocidas. Dentro se alzan la pereza—sirena que nos tienta a cada instante con su opio de far niente—la inconstancia, el ansia de tareas menos sacrificadoras que éstas de salir por el mundo, un poco a la manera de don Quijote, caballero de una cruzada de siglos; la necesidad de uncirnos a la brega cotidiana, las tentaciones de la riqueza y del poder material. Y más pequeño, pero no menos nocivo, el peligro de ser, como afirma el dicho vulgar candil de la calle y oscuridad de la casa: por aliviar los dolores del mundo no tener tiempo para enjugar las lágrimas de nuestro prójimo más cercano; por libertar a un pueblo, esclavizar a los que más de cerca nos rodean; por dar bienestar y riqueza al mañana, infligir miseria y servidumbre a los de hoy. «Nuestro espíritu está pegado a la carne, y la carne a la costumbre». Para ser cruzados hemos también de comenzar por libertarnos.

Educación interior es lo que necesitamos más. Ser capaces de disciplinarnos voluntariamente, de hallar placer en la faena que consideramos indispensable.

«Alas, todos pedimos alas (canta el poeta mejicano) pero ninguno sabe arrojar el lastre en el momento oportuno»... Precisa vivir alerta para seleccionar en todo instante aquello que nos aproxima, de aquello que nos desvía de nuestra meta lejana. Y para ello no bastan las letras, ni las artes, ni las ciencias. Se puede ser a la vez un pedagogo diplomado y un desquiciador de almas. Por sobre la profesión y el oficio está la clase de vida que llevamos. Esta es la que nos arrojará entre las tráfugas o nos hermanará con los cruzados.

Creo

Yo creo firmemente que tortuosos como parezcan los senderos de hoy, nos llevan, sin embargo, hacia la realización del reino ideal. Creo que nuestra tarea es la de disminuir los dolores inútiles y aumentar la concordia y el amor entre los hombres. No expreso nada nuevo. Repito en burdo lenguaje una lección que unos desdeñan, otros no comprenden y algunos olvidaron. Pero me bastaría para juzgar que no he vivido este día en vano, que uno solo de los oyentes, uno solo de los jóvenes que me escuchan, acordase la voz de su íntimo yo con esta mía, e hiciera de su juventud un estandarte de cruzado, en la lucha perenne por un reino mejor.—AMANDA LABARCA H.

LA VERDAD DEL VIAJERO

I

LA verdad, sí. La verdad, que es mucho más fácil que la mentira. Para decir mentira hay que inventar. Si no, lo cogen a uno. El que dice mentiras sin inventar es, genéricamente, un tonto. ¡Si lo sabré yo, andaluz! El andaluz no miente. Exagera. Es imaginativo, sonoro y fino, como llamaba Rubén Darío, es decir, que vibra ante la más leve vibración que se produce fuera de él. Y vibra como una cuerda de guitarra, ampliando, extendiendo. De ahí, lo que cuenta un asturiano como cinco, lo cuenta un andaluz como diez. Pero después de todo esto, es tan fácil decir la verdad, que apenas se incomoda uno para exponerla. Yo no hubiera aceptado el simpático encargo de escribir, para esta especial ocasión, si no hubiera pensado desde el primer momento decir la verdad. Allá los que quieran, respondiendo a entrevistas deshilvanadas, verter elogios a granel y luego, al salir, decir lo contrario. La verdad, aunque, claro está, la verdad del viajero.

Yo sabía cosas de Chile, mucho antes de pensar en venir. Mucho antes de estudiar esa geografía elemental que dice, sin verdad, por supuesto, que después de la capital, las principales ciudades son Antofagasta, Coquimbo y Valparaíso, por este orden. Lo recuerdo perfectamente, desde aquellos nueve o diez años míos. Sabía mucho antes, por la sencilla razón de que en